

Discurso de Patrick Henry:
¡Dadme la libertad o dadme la muerte!
- 23 de Marzo, 1775



¡Dadme la libertad o dadme la muerte!

Patrick Henry - 23 de Marzo, 1775*

Fuentes:

- Yale Law School: https://avalon.law.yale.edu/18th_century/patrick.asp

- Traducción: <https://www.worldhistory.org/trans/es/2-2350/dadme-la-libertad-o-dadme-la-muerte/>

“Señor Presidente: Nadie tiene en mayor estima que yo el patriotismo, así como de las capacidades de los dignos caballeros que acaban de dirigirse a la Cámara. Pero los hombres a menudo ven el mismo tema bajo diferentes perspectivas; y, por lo tanto, espero que no me tome como irrespetuoso con esos caballeros si, manteniendo opiniones de un carácter opuesto al de ellos, expreso mis sentimientos libremente y sin reservas. No hay tiempo para ceremonias. El asunto que se debate en la Cámara es de suma importancia considerando el terrible momento que está viviendo el país. Por mi parte, no lo considero más que una cuestión de libertad o esclavitud; y la libertad del debate debe ser proporcional a la magnitud del tema. Solo de esta manera podemos aspirar a la verdad y a cumplir la gran responsabilidad que tenemos ante Dios y nuestro país. Si en este momento yo retuviera mis opiniones por temor a ofender, me consideraría culpable de traición a mi país y de un acto de deslealtad hacia la majestad del cielo, a quien venero por encima de todos los reyes terrenales.

Señor Presidente, es natural que el hombre se entregue a las ilusiones de la esperanza. Tendemos a cerrar los ojos ante una verdad dolorosa y a escuchar el canto de la sirena hasta que nos transforma en bestias. ¿Es este el papel de los hombres sabios, comprometidos en una gran y ardua lucha por la libertad? ¿Estamos dispuestos a ser de los que, teniendo ojos, no ven, y teniendo oídos, no oyen, las cosas que tan de cerca conciernen a su salvación temporal? En lo que a mi respecta, sea cual sea la angustia de espíritu que me cueste, estoy dispuesto a conocer toda la verdad; a conocer lo peor y a preverlo.

Solo tengo una lámpara que guía mis pasos, y es la lámpara de la experiencia. No conozco otra forma de juzgar el futuro que el pasado. Y a juzgar por el pasado, me gustaría saber qué ha habido en la conducta del ministerio británico durante los últimos diez años que justifique esas esperanzas con las que los caballeros se han complacido en consolarse a sí mismos y a la Cámara.

*Texto íntegro del documento.

¿Es esa sonrisa acechante con la que nuestra petición ha sido recibida recientemente? No confíen en ella, señor; será una trampa para sus pies. No se dejen traicionar con un beso. Pregúntense cómo esta amable recepción de nuestra petición concuerda con esos preparativos bélicos que cubren nuestras aguas y oscurecen nuestra tierra. ¿Son necesarias flotas y ejércitos para una obra de amor y reconciliación? ¿Nos hemos mostrado tan reacios a la reconciliación que deben recurrir a la fuerza para recuperar nuestro amor? No nos engañemos, señor. Estas son las herramientas de la guerra y la subyugación; los últimos argumentos a los que recurren los reyes.

Pregunto, señores, ¿qué significa este despliegue militar si no es para obligarnos a la sumisión? ¿Pueden, señores, atribuirle algún otro motivo? ¿Tiene Gran Bretaña algún enemigo, en esta parte del mundo, que requiera toda esta acumulación de armadas y ejércitos? No, señor, no tiene ninguno. Están destinados a nosotros; no pueden estar destinados a ningún otro. Los envían para atarnos y remacharnos esas cadenas que el ministerio británico lleva tanto tiempo forjando. ¿Y cómo podemos oponernos a ellos? ¿Intentaremos argumentar? Señor, lo hemos intentado durante los últimos diez años. ¿Tenemos algo nuevo que traer a la mesa? Nada. Hemos observado el tema bajo todas las ópticas posibles; pero todo ha sido en vano. ¿Recurriremos al ruego y a la humilde súplica? ¿Qué términos encontraremos que no se hayan agotado ya? No nos engañemos, señor, se lo pido.

Señor, hemos hecho todo lo posible para evitar la tormenta que se avecina. Hemos pedido; hemos protestado; hemos suplicado; nos hemos postrado ante el trono, implorando su intervención para detener las manos tiránicas del ministerio y el Parlamento. Nuestras peticiones han sido desestimadas; nuestras protestas han generado más violencia e insultos; nuestras súplicas han sido desatendidas; ¡y hemos sido rechazados, con desprecio, desde el trono! En vano, después de esto, podemos albergar la dulce esperanza de paz y reconciliación. Ya no hay lugar para la esperanza. Si deseamos ser libres, si queremos preservar intactos esos inestimables privilegios por los que hemos luchado durante tanto tiempo, si no queremos abandonar vilmente la noble lucha en la que hemos estado comprometidos durante tanto tiempo, y que hemos jurado no abandonar jamás hasta que se alcance el glorioso objetivo de nuestra contienda, ¡debemos luchar! Lo repito, señor, ¡debemos luchar! ¡Una apelación a las armas y al Dios de los ejércitos es todo lo que nos queda!

Nos dicen, señor, que somos débiles, incapaces de enfrentarnos a un adversario tan formidable. Pero ¿cuándo seremos más fuertes? ¿Será la próxima semana o el próximo año? ¿Será cuando estemos totalmente desarmados y haya una guardia británica estacionada en cada casa? ¿Acumularemos fuerzas mediante la irresolución y la inacción?

¿Adquiriremos los medios de resistencia efectiva agachándonos boca arriba y abrazando el engañoso fantasma de la esperanza, hasta que nuestros enemigos nos tengan atados de pies y manos?

Señor, no somos débiles si hacemos un uso adecuado de los medios que el Dios de la naturaleza ha puesto a nuestra disposición. Los millones de personas, armadas por la santa causa de la libertad, y en un país como el que poseemos, son invencibles ante cualquier fuerza que nuestro enemigo pueda enviar contra nosotros. Además, señor, no libraremos nuestras batallas solos. Hay un Dios justo que dirige los destinos de las naciones y que levantará amigos para que luchen nuestras batallas por nosotros. La batalla, señor, no es solo para los fuertes; es para los vigilantes, los activos, los valientes. Además, señor, no tenemos elección. Si fuéramos lo suficientemente cobardes como para desearlo, ya es demasiado tarde para retirarnos de la contienda. ¡No hay retirada sino en la sumisión y la esclavitud! ¡Nuestras cadenas están forjadas! ¡Su tintineo puede oírse en las llanuras de Boston! ¡La guerra es inevitable, y que venga! Lo repito, señor, que venga.

Es en vano, señor, alargar el asunto. Los caballeros podrán clamar «Paz, paz», pero no hay paz. ¡La guerra ha comenzado! ¡El próximo vendaval que sople del norte traerá a nuestros oídos el estruendo de las armas! ¡Nuestros hermanos ya están en el campo de batalla! ¿Por qué nos quedamos aquí de brazos cruzados? ¿Qué desean los caballeros? ¿Qué querrían?

¿Acaso la vida es tan valiosa o la paz tan dulce como para comprarla a costa de cadenas y esclavitud? ¡No lo permitas, Dios Todopoderoso! No sé qué camino tomarán los demás; pero en cuanto a mí, ¡dadme la libertad o dadme la muerte!"